



Como cariñoso homenaje a mi querida Armada de Chile en su Sesquicentenario, seguro que su grandeza espiritual y su preparación intelectual y técnica le permitirán siempre ejercer el Almirantazgo Austral.

NOTA: Casi nada en el presente artículo es original del autor, quien sólo se limitó a extractar y traducir libremente de las obras citadas en la bibliografía, aquellos aspectos que le interesaban para su objeto.



Cochrane cuando era un joven Comandante de la Real Armada Británica.

Semblanzas Cochranianas

I. UNA MUJER ATRAYENTE

Hace ya más de ciento cincuenta años cuando dos personajes conversaban en los muelles de Londres. Ese año, 1793, Inglaterra ha aceptado que su guerra con la Francia revolucionaria será larga y despiadada. Uno de los dos personajes citado era más bien bajo de estatura, macizo, de edad indefinida pero que mostraba claramente los efectos de largos años vividos sobre las cubiertas navegando por todas las latitudes. El otro era un joven y desgarbado gigante, de más de un metro ochenta de alto, diez y siete años, usaba pelo corto conforme lo llevaban los militares de la época, terminando en una corta

Por TORWIL (Armada de Chile)

trenza. Vestía un ridículo uniforme, azul brillante con puños y cuello rojos, abierto al frente para lucir un floreado chaleco amarillo. Calzones de este mismo color cubrían sus flacos muslos y prominentes rodillas, contrastando en forma desgraciada con medias de seda descoloridas y un par de zapatillas de charol muy ajadas.

—“Olvide, compañero, mis palabras”, decía el viejo marino. “No le corresponde a un ignorante marinero hacer críticas a la vestimenta de un caballero militar”.

—“Tiene toda la razón”, dijo con tristeza el joven. “Me siento disfrazado. Su opinión, señor, sólo confirma la mía. Se lo agradezco”.

El viejo primero lo observó con desconfianza pero al ver la franqueza que expresaban los ojos azules de su interlocutor, mostró su amarilla dentadura en una amplia sonrisa.

—“Bien dicho, compañero. Aquí está la mano de Jacky Milton”. Extendió su enorme manaza encallecida y tostada, de color de madera.

Se estrecharon las manos. El marinero, con una expresión maliciosa en su mirada, apretó con fuerza. El muchacho hizo lo mismo. Permanecieron así por medio minuto, inmóviles. Después el marinero aflojó su apretón acompañándose de una carcajada y un burdo juramento.

—“Es usted fuerte, compañero”, dijo con aprobación. “¿Va a la guerra, a pelear contra los franceses, con las fuerzas del Duque de York?, ¿Qué regimiento?”.

—“Soy alférez del 104 de Infantería, aunque jamás he conocido mi regimiento”.

Milton quedó interrogante e incrédulo.

—“Le aseguro, señor Milton”, continuó el joven con un dejo de amargura, “que preferiría usar su chaquetón alquitranado y servir en un cañón de ese navío que veo ahí fondeado”.

Milton subió sobre unos tambores de brea para observar en la dirección que indicaba el joven gigante.

—“Ese no es un navío”, dijo. “Es una fragata, la “Mermaid”, treinta y dos cañones, comandante el honorable Merton, marino de tierra”.

Escupió con desprecio hacia una gaviota que se había posado sobre un rollo de calabrote.

—“¿Es su buque?” preguntó el muchacho con interés.

—“No, por suerte. Mírele la proa. Jamás me embarcaría en un buque cuya proa parece la popa de un pato. Estoy también en una fragata, pero es marinera y de líneas elegantes. La “Hind”.

—“¡El buque del tío Alejandro!” exclamó el joven.

Las rojas facciones de Milton demostraron preocupación y sorpresa.

—“¿Es sobrino del Comandante Cochrane?” dijo lentamente. “Entonces usted debe ser Lord Cochrane, señor”.

—“Sí”, dijo distraidamente el muchacho mientras mantenía la vista sobre la fragata.

El marinero juntó sus talones. —“Le pido perdón, milord, por tomarme libertades por mi ignorancia”, dijo con seriedad. “Con su venia, milor, voy a zarpar”.

—“No se vaya, todavía”. El largo brazo del joven se estiró tomando del codo al viejo marino. “Usted me acaba de dar su opinión honrada, señor Milton, y lo creo hombre de criterio. Necesito que me de un consejo”.

—“No es Jacky Milton el llamado a darle consejos al hijo de un conde, milord. Afirmar eso es tener criterio”.

—“Soy sólo Tom Cochrane y necesito su ayuda”.

Milton, en la duda, se rascó la cabeza.

—“Bueno”, dijo lentamente, “ya que usted así lo dice...”

—“Quiero entrar en la marina”, dijo el joven con énfasis. “Quiero llegar a ser comandante de una fragata, no un mayor de infantería. Mi padre no quiere ni oírme, insiste en que debo ingresar al ejército. Estamos mis tres hermanos y yo a los que tiene que buscarnos un futuro y no somos ricos. Tío Alejandro, su comandante, está de mi parte. Desde hace cuatro años que me hace figurar en las listas de dotaciones de su buque”. Se rió. “Así es como, al mismo tiempo, soy alférez de infantería, guardiamarina y estudiante del señor Chauvet. Todo al mismo tiempo, señor Milton”.

El marinero, que al principio parecía confundido por estas confidencias, había recuperado algo de su candor natural para reírse también.

—“¡Qué curioso!” exclamó. “Por lo que yo se el Comandante Cochrane es un caballero que sabe mantener sus puntos de vista. ¿No ha podido convencer a su padre?”.

—“El conde, mi padre, no se habla con su hermano”.

—“Bueno, entonces... con su permiso, milord, hablando por propia experiencia, hay una forma segura y esa es la influencia femenina. La señora, su madre, ella seguramente...”

—“Mi madre murió hace muchos años”, dijo Cochrane.

—“Hu... um”. Milton se rascó nuevamente la cabeza. “Tal vez usted tendrá una idea, comp... milord”.

Desde la fragata llegó el toque de su campana. Una nube de gaviotas levantó el vuelo. Sus albas alas brillaron a la luz del sol poniente. Cochrane se dio vuelta hacia el marinero con expresión decidida.

—“Sí. Me arrancaré de casa y embarcaré como marinero. Claro que no en el buque de mi tío, me devolvería a casa. ¿Qué buque probaré? ¿Cómo lo debo hacer?”.

—“¡No, milord...! ¡Ni lo piense!”. Milton estaba escandalizado y asustado. “Usted, el hijo de un noble... ¿en el entrepuente? ¡Por Dios! Moriría en menos de un mes, por muy fuerte que sea. Los buques de guerra los están tripulando ahora con presidiarios, desde que empezó la guerra en febrero y hasta las ratas rechazan el rancho. Más todavía, no tendría ninguna posibilidad de llegar al alcázar si se embarca por el escobén...”.

—“Pero...”

—“No, milord. No hay más que una solución... tiene que hacer que su padre cambie de rumbo. Me pidió un consejo y este es el consejo de Jacky Milton. Busque una mujer atrayente, convénzala y haga que aborde a su padre... Si eso no le da resultado, yo...”

Era una desgracia que el noveno conde de Dundonald, que había empleado toda su vida y la fortuna de la familia en investigaciones

químicas e inventos, careciera de tacto y habilidad para los negocios. Más de la mitad de sus muchos inventos consistían en pigmentos, barnices y preservativos para madera y ese año, 1793, en que Inglaterra movilizaba urgentemente sus flotas de cascos de madera, parecía ofrecerle al noble escocés la oportunidad para amasar riquezas sin límite.

Una tarde, pocos días después del decisivo encuentro de Tomás con Milton, los dos hijos mayores de Dundonald descansaban ociosos en el dormitorio que compartían en la casa paterna. El honorable Basil, un año menor que Tomás, pero casi tan alto como su hermano, leía la "Gaceta" junto a la ventana. Lord Cochrane, tendido en su cama, las manos detrás de la nuca, soñaba con la mirada fija en el cielo.

—"Basil", dijo repentinamente, "¿tú dirías que la señora Fillet es una mujer atrayente?"

Basil dejó el periódico, asombrado.

—"Tom", dijo al fin, sospechoso, "tú estás tramando algo. ¡Dímelo!" Ante la duda de su hermano, insistió. —"Nunca me has dejado al margen de tus bromas".

—"No es una broma. Es mi última oportunidad y no se cómo aprovecharla". Le contó en seguida su encuentro con Jacky Milton y el consejo que finalmente éste le había dado.

—"Tú sabes más de mujeres que yo", terminó diciendo. "¿Crees que una influencia femenina servirá para algo?"

—"Tratándose de un marintero corriente", dijo Basil con aire superior, "confieso que tu amigo es extraordinariamente inteligente. Se dice que por lo menos dos tercios del Parlamento son manejados por las mujeres. Pero Tom, tú conoces a papá tan bien como yo. Ya resolvió destinarlos a los regimientos de línea, a William a la caballería y a Archie a la marina. ¿Te imaginas que alguna mujer pueda lograr que cambie de opinión?"

—"Bueno", dijo Tomás, reflexionando. "Estaba mamá. Ella sin duda tenía bastante influencia sobre él".

—"Cierto", respondió Basil, con gravedad, "y también estaba Kathy, nuestra hermanita que murió. Acuérdate que le accedía en todo lo que le pidiera.

Una tarde brillante de primavera de ese mismo año 1793, el señor Thierney, Miembro del Parlamento, descendía satisfecho las gradas del palacio. Su coche lo había dejado en Whitehall para que los niños se entretuvieran observando a los soldados de la guardia. Desde Irlanda había traído a su joven pariente Juan Crocker para completar su educación y como éste parecía simpatizar con la sobrina de su vecina, la niña también los acompañaba en esa oportunidad. Encontró a los niños en animada charla, el muchacho revelándose como un prodigio de quince años ante los admirados y admirables ojos de su compañera.

El señor Thierney subió a su coche.

—"¿Cómo ha estado la señorita Katherine?" preguntó.

—"¡Oh! ha sido espléndido", respondió la niña entusiasmada. "Adoro los caballos... y los uniformes rojos de los soldados".

Tenía unos diez años, delgada, pelo oscuro y grandes ojos azules. El señor Thierney no pudo dejar de pensar que llegaría el día en que sería una belleza fuera de lo común.

—“Pero”, continuó la muchacha, “debo confesar que prefiero a los oficiales de marina a todo lo demás. Hubo dos que pasaron con sus uniformes azulmarino y caras tostadas. Espero algún día casarme con un oficial de marina”.

—“Eso es una tontería, Katherine”. El muchacho se expresó con brusquedad y aire de autoridad. “Recuerda lo que te dije, los marinos no son más que sirvientes”.

—“Sí, así me dijiste”, admitió la jovencita. “Pero...”

—“Tienen que hacer lo que les digan los almirantes y, a los almirantes les da órdenes el Almirantazgo. Yo, “agregó con seguridad, “estaré en el Almirantazgo luego, como verás, seré el que mande”.

—“Siii... Johny”. Katherine lo miró maliciosamente. “Supongo que entonces no voy a poder salir en coche contigo porque siempre creeré que lo mejor para mí será casarme con uno de los sirvientes”.

El coche había dejado atrás a un grupo de una docena de mozalbetes, de todos portes y edades, que con gran algazara se burlaban de un alto y desgarbado joven que insistía en avanzar entre ellos. La víctima estaba trajeada llamativamente de amarillo, rojo y azul y Katherine no pudo evitar una exclamación de espanto cuando vio a uno de los muchachos más grandes lanzar un terrón de barro sobre los calzones amarillos del elegante gigantón.

El señor Thierney, que había reconocido al joven motivo de las burlas, ya estaba dando órdenes al cochero, cuya larga fusta dispersó a la poblada. Lord Cochrane se detuvo y quitó el sombrero al parar los caballos a su lado. Así fue como se encontró mirando dos ojos muy brillantes en una carita delicada que le hizo recordar a alguien.

—“Milord, qué encuentro más afortunado”, dijo Thierney. “¿Va a su casa?”.

—“A sus órdenes, señor... y señorita”. Cochrane hizo una reverencia. “Sí, voy a casa”.

—“Entonces hágame el favor de subir al coche”.

Cochrane subió. —“Debo agradecerle, señor, por su oportuna intervención”, dijo sin asomo de encontrarse avergonzado. “Ya estaban empezando a molestarme”.

—“El señor John Crocker”, presentó Thierney. “Como yo, es irlandés donde creemos que lo mejor es zurrar a nuestros enemigos”.

—“Pero esos no eran mis enemigos, señor”, explicó Cochrane. Encontraron que mi vestimenta era ridícula, de modo que se mofaron de ella. Y...” hizo un gesto mostrando sus calzones amarillos, “tenían toda la razón. Honradamente no los podía castigar cuando opino igual que ellos”.

—“Además”, agregó Crocker con tono irónico, “era una docena de villanos ¿no? Tal vez tuvo también un poco de miedo”.

—“¡Johny...! ¡Qué vergüenza!”

La niña, que había permanecido sentada observando al recién llegado, sonrió encantadora y afectuosamente al joven lord.

—“Yo creo”, dijo suavemente, “que su ropa es muy bonita”.

El señor Thierney se rió. —“Sólo una mujer puede negar un axioma ya aceptado sin discusión”, dijo. “Usted tiene, milord, un peligroso aliado en la persona de la señorita Katherine”.

Cochrane no pudo disimular su sorpresa. El nombre había despertado su memoria. El parecido era asombroso aunque no perfecto, pero lo suficiente para el objeto ideado por Jacky Milton.

—“Lord Cochrane está estudiando ciencias militares”, explicaba Thierney a Katherine. “Es un oficial en el 104 de Infantería. ¿No es así, milord?”

Con su pensamiento fijo en nuevas esperanzas, inconscientemente el joven contestó —“No, señor. Seré algún día comandante de una fragata de Su Majestad. La marina es mi...”

—“¡Oh! Entonces será oficial de marina”, dijo impulsivamente la niña. “Me gustan tanto más que los soldados”.

Al llegar a la casa de los Cochrane el joven saltó del coche abriendo la puerta, preocupado porque los detalles de su plan estaban aún incompletos. De todos sus audaces planes del futuro, ninguno fue concebido y ejecutado con tanta rapidez como éste.

—“Le ruego que se baje, señor, y pase a saludar a mi padre”, dijo con urgencia.

—“Temo que molestaría”, replicó Thierney.

Sin duda que el conde de Dundonald estaba ocupado en su laboratorio y esto lo sabía muy bien su hijo.

—“Jamás me perdonaría si no los hiciera pasar”, insistió.

—“Bueno, tal vez debemos presentarle nuestros respetos. Vamos, niños”.

Felizmente Basil estaba en el recibo. Se levantó del sillón y avanzó a saludar a los recién llegados, con su gracia habitual.

—“Me imagino, señor”, le dijo al señor Thierney, una vez hechas las presentaciones, “que Lord Dundonald está ocupado en un muy delicado exper...”

—“¡Basil!” le interrumpió su hermano, “quiero que atiendas al señor Thierney y al señor Crocker un minuto mientras yo le informo a papá de su llegada”. Ante el asombro de Basil le guiñó un ojo. “Tal vez”, agregó más calmado, “a la señorita Katherine le gustaría venir conmigo... , le puede interesar el laboratorio”.

Las cejas de Basil se levantaron en una enorme interrogante, no comprendía nada y el señor Thierney, a su vez, se mantenía mudo de sorpresa.

—“Estoy segura que sí”, dijo Katherine con gravedad y deslizó su manito en la de Cochrane. “¿Dónde queda?”

La arrastró afuera antes que el celoso Crocker pudiera decir nada. Corriendo ascendieron la escala hacia la sala de trabajo del conde. En el rellano se detuvieron a recuperar la respiración.

—“Katherine”, susurró Cochrane. “¿Quieres ayudarme?”.

—“Por supuesto que sí”, fue la respuesta inmediata.

—“Sabes que quiero ser oficial de marina”, continuó él atropelladamente, “y mi padre no me quiere escuchar. Creo que te escuchará a tí... si tú se lo pides. ¿Quieres hacerlo?”.

—“Pero ¿por qué me va a hacer caso a mí?”

—“Porque eres muy atrayente... quiero decir, Katherine, que te pareces mucho a mi hermana que murió. Mi padre hacía cualquier cosa por ella. ¿Quieres pedírselo?”.

Ella le dio su asentimiento con sus ojazos muy abiertos. Cochrane la tomó nuevamente de la mano y se acercaron a la puerta de la sala de trabajo.

Por una vez en su vida Lord Cochrane había escogido el momento propicio para acercarse a su progenitor. El nuevo sistema de preparar aceite de linaza, que fue adoptado en sus aspectos generales, diez años más tarde, había obtenido éxito hacía sólo diez minutos, después de muchos días con sus noches de experimentos y fracasos que se reflejaban en el caos en que se encontraba el laboratorio. El conde de Dundonald, sentado en un alto banquillo al fondo de la sala, se dio vuelta cuando entraron. Visto a través de la atmósfera cargada de vapores, con su alta figura en mangas de camisa y su pelo enmarañado, era de temer. La mano de Katherine apretó con fuerza la de su compañero.

—“¡No me interrumpan...!” gruñó. Pero su gruñido no era tan fuerte como acostumbraba y fue seguido de inmediato por una manifestación de irreprimible satisfacción. —“Tom, mi hijo, ¡lo tengo...! Con un poco más de harneado y en seguida una hora de hervido...”.

Su voz se apagó bruscamente. Lentamente extendió su enorme dedo manchado hacia la niña.

—“Tú ¿quién eres?” preguntó con un bramido.

—“Esta es Katherine, señor”, dijo lord Cochrane.

Sin decir una palabra el conde descolgó de un clavo una miniatura en un marco ovalado de oro. Con ésta en la mano avanzó parándose al lado de la niña, observando desde la miniatura a la carita de la muchacha. Si Katherine estaba asustada no lo demostró, pues lo miró hacia arriba sonriéndole.

El imponente caballero guardó la miniatura en el bolsillo del pantalón y posó sus enormes manazas sobre los hombros de la niña.

—“De modo que te llamas Katherine, como ella”, dijo con una voz tan suave que su hijo apenas lo reconoció. “¿Tal vez te dicen Kathy?”.

—“Mamá y papá lo hacían”, le contestó mirándolo con cariño. “Están muertos y ahora sólo tengo a tía Honoria. El dijo”, agregó indicando a Cochrane, “que usted era porfiado y gruñón y que no lo quería escuchar, pero yo no creo que en realidad sea así”.

El conde continuaba mirándola y Kathy dejó escapar un suspiro.

—“Dijo que usted lo obligaría a entrar al ejército aunque él no quiera”, continuó con su charla, “y quiere ser oficial de marina y navegar y, si usted se lo permite, puede ser oficial de marina. Déjelo que se embarque, por favor ¿quiere?”.

Así terminó de hablar. Los ojos del conde, algo húmedos bajo sus espesas cejas blancas, se encontraron con los de su hijo.

—“¡Tomás!” carraspeó. “¿Me crees idiota? Planeaste esto para embaucarme. ¿No fue así?”

Lord Cochrane tuvo el acierto de demostrarse avergonzado de sí mismo y no contestó nada.

—“¡Contéstame!” vociferó el Conde soltando los hombros de Kathy y avanzando. “¡Niégalo, si puedes!”.

“No lo puede negar”, dijo una voz de pito desde la puerta. “Es cierto”.

“¿Y quién demonios eres tú?” gruñó el Conde de Dundonald mirando a través de los vapores que saturaban el aire.

El joven señor Crocker, seguro de sí mismo avanzó sin ocultar su disgusto por lo que lo rodeaba.

—“Soy John Crocker”, anunció con petulancia. “Debe saber, señor, que escuché cuando su hijo persuadía a la señorita para usar su parecido con su hermana muerta para engatusarlo...”.

—“Un espía y soplón ¿ah?” gruñó el Conde desagradablemente.

John Crocker estiró toda su altura de metro cincuenta. Su insolencia y la forma de hablar eran de uno de tres veces su edad.

—“Con su permiso, señor, como no hemos sido presentados, debo asegurarle que soy un caballero. Mi padre es muy conocido por el Secretario del Almirantazgo”.

—“¡El Almirantazgo!” repitió el Conde con una suavidad sorprendente.

El joven Crocker, creyendo que esta información había impresionado a su interlocutor, se balanceó sobre sus elegantes piernas haciendo sonar unas monedas en su bolsillo.

—“Mi amigo el señor Thierney me llevó a comer con el Secretario anoche”, continuó arrogante. “Puedo asegurarle, señor, que la conversación que tuve con el Secretario le da a usted toda la razón en impedir que su hijo ingrese a la Marina. El Secretario dijo que hoy día la Marina no era el sitio apropiado para el hijo de un caballero”.

—“Eso dijo ¿no?””, comentó el Conde con suavidad.

El muchacho asintió con una mirada de soslayo a Cochrane que se mantenía callado teniendo nuevamente a Kathy de la mano.

—“No hay duda, señor”, continuó Crocker, repitiendo las palabras que había escuchado la noche anterior en la mesa del Secretario del Almirantazgo, “que los hijos de nobles están mejor empleados en el Almirantazgo, o en los arsenales, en lugar de tomar el mando de buques para lo cual su educación no los ha preparado. La paga, como usted seguramente sabe, señor, es muy superior en el Almirantazgo”.

Quedó con la boca abierta. El Conde de Dundonald, su cara morada de ira, avanzaba sobre él con los puños apretados.

—“Al diablo el Almirantazgo y los arsenales... y tú también, ¡renacuajo insolente!” rugió el gigantesco caballero. “¿Te atreves a decirme que mi hijo no es capaz de comandar uno de los buques de Su Majestad? ¿A mí, con mi hermano de Capitán de Navío? ¿Te atreves a decirme que ese nido de sucios ladrones panzudos en Whitehall es más apropiado para un caballero que la carrera de un oficial de Marina? ¡Fuera, fuera, antes que coloque mis manos sobre tus cochinos calzones!”.

La arrogancia del joven señor Crocker se hizo humo y prefirió salir cuanto antes de la pesada atmósfera del laboratorio. El Conde se dirigió entonces a su hijo.

—“Y tú también ¡fuera! ¡joven intrigante! Más tarde tendré el placer de una conversación contigo”.

Lord Cochrane, después de un momento de duda, hizo una reverencia y salió lentamente de la sala. El Conde sacudió una silla, se sentó y atrajo a Katherine a su lado.

—“Mi Kathy tenía los ojos pardos, no azules como los tuyos”, dijo con voz suave y cariñosa. “Pero se te parecía mucho, mucho en realidad”.

—“Pero, por favor, señor, ¿lo dejará que sea oficial de Marina?””, le rogó.

—“Ya veremos, mi hijita, ya veremos. Tus manos son chiquitas como las de mi Kathy”.

Los labios de la niña temblaron y enseguida sus ojos brillaron con malicia.

—“Supongo”, susurró “que si el Almirantazgo dice que no le corresponde a un caballero ser oficial de Marina...”.

El Conde se sentó tieso. “¡Esos pájaros ladrones!” dijo despreciativamente. “¿Qué saben lo que es un caballero? ¡Que me condenen si no mando a Thomas a la Marina, contra todo lo que digan! Pero, querida, mi hijita, ¿qué es eso?”.

—“Un beso” susurró Kathy contra la áspera mejilla del noble Conde de Dundonald.

II.— EN LA MAR

Corría el mes de junio de 1800, el mes de la batalla de Marengo

Seis meses antes un cierto General Bonaparte había modificado por la fuerza la Constitución de la República Francesa, se había designado Primer Cónsul e iniciado la conquista de Europa. España era su aliada. Italia estaba ya medio conquistada, Austria derrotada y el ejército británico en los Países Bajos había sido vencido y evacuado junto con el retiro de la guerra de sus aliados los rusos. La balandra “Speedy”, al mando de un nuevo comandante desde hacía dos meses, ya había capturado siete presas sin sufrir daños, recorriendo sin descanso, el litoral entre Génova y Gibraltar. La tripulación del “Speedy” cubría sus puestos de combate desde el mediodía, poco sabía de los grandes acontecimientos mundiales y le importaban menos aún. Sólo sabían que tenían otra posible presa a la vista.

Del tope del palo mayor llegó la advertencia del vigía: “¡Cubierta! ¡El enemigo cambia de rumbo!”.

El Teniente Parker corrió a popa. Pronto la cabeza del Comandante emergió por la escotilla, restos de jabón adornaban sus mejillas. Esforzándose en colocarse su chaqueta azul, Cochrane se acercó a la banda de barlovento y levantó su gigantesco cuerpo sobre los flechastes. Permaneció así unos cinco minutos, observando al otro barco. Al descender a cubierta encontró la mirada interrogativa de su segundo.

“Huyendo hacia la costa, seguramente”, dijo.

Por la amura de estribor se destacaba la costa de Córcega.

—“¿Bastía, señor?”.

—“No lo creo. Existe un fuerte a tres millas al sur de Bastía según la carta; me imagino que va a protegerse a su amparo”. Se acarició el mentón recién afeitado. “Quedará debajo de los cañones del fuerte que deben ser monstruos de doce o diez y seis libras”.

La cara del Teniente Haswell reflejó su pena. “¡Se nos arrancó, entonces, señor!”

Los tranquilos ojos azules de Cochrane se fijaron en el joven teniente, atravesándolo con su mirada desconcertante.

—“Es más o menos de nuestro mismo tonelaje, señor Haswell”, dijo meditando en alta voz, “y parece español. Creo que lleva abastecimientos para las tropas en Barcelona”. Su mirada se fijó en el apa-

rejo por alto y repentinamente se agudizó. "Haga cazar bien ese sobre, señor Parker, por favor, y mantenga el rumbo sobre el enemigo".

—"Sí, señor".

Parker se alejó algo y gritó las órdenes del caso. Los ojos de Cochrane se volvieron hacia el otro oficial.

—"Alistar la chalupa y mi canoa, señor Haswell. Seis rezones y su cabullería en cada embarcación, todos los remos forrados en lona. Escoja usted mismo la tripulación".

—"Sí, señor". La tranquila voz de Haswell no podía ocultar totalmente su excitación.

—"Y . . . , señor Haswell, que haya bastante agua y galletas en los dos botes".

—"Sí, señor".

Cochrane fue a colocarse al lado del timonel, que no era otro que su viejo amigo Milton.

—"Bien Jacky, ¿cuánto tiempo más tendremos esta brisa?"

—"Refrescará a la puesta del sol, creo", dijo Milton sin mover la vista. "Después tendremos viento de tierra, claro".

—"Sí. Iremos a tierra esta noche, Milton. Tú irás en la canoa".

Cochrane se alejó hacia la banda de sotavento donda ya la costa de Córcega se levantaba como una larga muralla verde. Detrás se destacaban contra el sol poniente las montañas. El buque que perseguían a unas tres millas de distancia aproximábase a un promontorio sobre el cual la carta indicaba la existencia de un fuerte que dominaba sobre una pequeña bahía, y en una media hora más, si mantenía su rumbo, el "Speedy" estaría bajo el fuego de sus cañones. Después de varias tentativas de aproximarse a su víctima esa tarde, siempre rechazado por el fuego de los grandes cañones de tierra, al oscurecer los españoles estaban seguros que el enemigo se retiraba convencido de lo inútil de su intento.

Sin embargo, pocos minutos después de medianoche el centinela del fuerte fue alertado por el estampido lejano de un cañonazo y en la obscuridad de la noche sorprendió la llamarada amarilla de una nueva descarga. ¡Un buque! disparando a no se sabía qué. Hizo sonar la alarma.

Desde la toldilla del "Speedy" Lord Cochrane vio el foganazo del primer disparo del fuerte y se mostró satisfecho.

"Mantenga el buque justo fuera de su alcance, señor Parker", dijo dirigiéndose al costado donde estaban esperándolo, ansiosas, las dotaciones de las dos embarcaciones, listas para ser arriadas.

Al amanecer del día siguiente el corsario español "Asunción" de diez cañones y bien cargado con abastecimientos generales era un punto en el horizonte navegando hacia Malta al mando del Teniente Haswell y su tripulación de presa. En la toldilla del "Speedy", el cirujano, señor Guthrie, se acercó a Cochrane para dar parte de los heridos.

—"Un herido leve, señor y un guardiamarina con un tajo en la cabeza", dijo. "Esto es todo . . ."

—"Gracias, señor Guthrie". El Comandante se volvió sonriéndole. "Me iba a agregar, tal vez, que tuvimos suerte. Así fue, en verdad. Tuve suerte en apreciar el viento".

El Cirujano no podía dejar de reconocer la correcta apreciación previa y cuidadoso planeamiento que había logrado que el "Asunción" fuera capturado bajo las narices del enemigo. Había algo más que buena suerte.

—"Señor, le ruego me perdone por . . ."

—"¿Eh?" dijo Cochrane. "Estaba pensando sobre la forma que dependemos del viento. ¿Sabe, señor Guthrie, que estoy convencido que en unos pocos años navegaremos nuestros buques impulsados por vapor?"

Entre junio de 1800 y fines de abril de 1801 la balandra de su Majestad Británica "Speedy" fue en el Mediterráneo causa de un terror fuera de toda proporción con su tamaño. Había capturado más de cuarenta presas y sobre 500 prisioneros, incendiando valiosos cargamentos y destruido varias fortificaciones francesas y españolas a lo largo de la costa.

Un hermoso día de mayo el "Speedy" se acercaba a Barcelona con un buen viento estable del sureste cuando zarpó en su persecución una fragata española, cuatro veces su tamaño, iniciándose así la caza.

El Comandante Lord Cochrane reunió a sus oficiales en toldilla.

Eran las cinco de la mañana y la luz creciente del amanecer mostraba el rostro de Cochrane extraordinariamente serio.

—"Bien, señores", dijo con voz melodiosa. "Lo hemos identificado. Es "El Gamo", con veinte y dos cañones largos de doce libras, ocho de nueve libras y dos carronadas de veinte y cuatro libras. Su dotación pasa de los trescientos hombres y, como saben, nosotros estamos disminuidos por las dotaciones de presa en tal forma que alcanzamos a cincuenta y cuatro en total, entre oficiales y tripulantes". Hizo una pausa para remachar el contraste.

El Teniente Mapleton sonrió. "Seis a uno, señor, es lo corriente para el "Speedy".

—"Cuatro o cinco para cada uno, señor", corrigió, sonriente Archie, el hermano menor del Comandante, embarcado hacía varios meses como guardiamarina.

Lord Cochrane no sonreía.

—"En poder de fuego, señor Cochrane", dijo gravemente, "no hay comparación posible, como saben ustedes. Sin embargo, nuestras posibilidades de capturarla no creo que sean utópicas. Se, señores, que hace tiempo que ustedes desean una buena pelea. Con este viento podemos huir, si queremos. La decisión será de ustedes. ¿Señor Parker?"

El curtido rostro de Parker, que parecía rejuvenecido durante el pasado año de acción, se encendió y expresó duda. Entonces,

—"Creo que debemos pelear, señor", dijo tranquilamente.

—"Pelearnos, señor", hizo eco el Teniente Mapleton, inmediatamente.

—"¡Pelea!" gritó Archie.

Cochrane hizo una mueca. "Muy bien, señores", dijo fríamente.

"Estas son las órdenes, señores, que deben ser obedecidas estrictamente. Atracaré a su costado. Quiero que Dobbs y Pereira, que entienden español, se coloquen a proa y popa con pitos. Darán de inmediato la alarma si escuchan una orden de abordaje del español.

Izaremos la bandera americana hasta que estemos cerca. Quiero la batería de estribor cargada y sus cañones con máxima elevación. Ningún cañón disparará hasta que estemos amarrados a su costado cuando se romperá el fuego y se mantendrá rápido. Toda la tripulación se armará con sable o machete. Saltaremos al abordaje todos juntos, si se presenta la oportunidad. Todos pintarse la cara con negro de humo". El sol apareció sobre las colinas catalanas e iluminó sus facciones... que sonreían. "Ejecución a lo ordenado", agregó. "Y, señor Parker, llamada general y alistarse para el combate".

Por unas dos horas Cochrane mantuvo el rumbo y permitió que la fragata se acercara un poco. A las nueve de la mañana viró por avante y puso proa directamente sobre el español, maniobra que debe haber intrigado bastante al comandante de la fragata ya que era inexplicable tal acción en un buque tan poco armado si este fuera enemigo. "El Gamo", junto con fachear, disparó un cañonazo (orden de fachear), e izó su bandera. La balandra, ciñendo contra el viento, contestó izando la bandera americana.

El "Speedy", se acercó así hasta un cuarto de milla de su adversario, momento en que, acompañada de enorme griterío, se izó la bandera inglesa. La fragata cayó lentamente para presentar su costado y once troneras se presentaron tapándolas de inmediato con el humo de la andanada. Pero los artilleros españoles habían roto el fuego demasiado pronto, una línea de piques agitaron las aguas por la proa de la balandra. El "Gamo" cerró la caña para virar. El "Speedy" continuó avanzando y Cochrane, paseándose en su toldilla, sabía que debía soportar otra andana. El aire a su alrededor y sobre él se llenó con un terrible silbido seguido de inmediato por el estampido de los cañones. Abrió sus ojos y observó el velamen del "Speedy" agujereado en varias partes; eso era todo.

La fuerza del abordaje casi botó a Cochrane. El "Speedy", como un enano al lado de la enorme fragata, atracó con sus amuradas bien debajo de las portas de los cañones españoles, enredando sus vergas en los aparejos inferiores de su enemigo.

—"¡Fuego!" la orden dominó el griterío y fuego de mosquetería. Los siete cañoncitos rugieron al unísono y a esa distancia su efecto fue terrible. Las balas de cuatro libras penetraron el casco y la cubierta superior de la fragata, matando e hiriendo a cuantos alcanzaban las esquirlas y sus propios impactos. Los cañones del "Gamo" contestaron, pero sus artilleros no podían darles la depresión necesaria y su único efecto fue destruir aún más el aparejo de la balandra. Un pito dominó el bullicio y Cochrane avanzó hacia proa.

"Desabraca la proa ¡rápido!" Los cincuenta hombres del "Speedy" no habían podido soportar el ataque y la lucha cuerpo a cuerpo de trescientos. Los bicheros aparecieron de inmediato y, junto con desabracarse, los cañones barrieron la cubierta llena de los que saltarían al abordaje. Nuevamente ambos buques se atracaron y los cañoncitos de la balandra destruían cuanto encontraban a su paso. Tres intentonas de los españoles de abordar al "Speedy" fueron evitadas en la misma forma, sin embargo, Cochrane comprendió, en la última, que su buque no resistiría una cuarta maniobra similar. Antes de atracar nuevamente, dio la orden de abordar al adversario y, cuando por cuarta vez el bauprés del "Speedy" chocó contra el costado de la fragata, sus cincuenta tripulantes y oficiales, pintarrajeados de negro, escalaron la alta borda y se dejaron caer sobre cubierta. La sorpresa

de los españoles, que jamás habían anticipado tal maniobra, fue su perdición y el resultado final fue que a las once de la mañana la fragata española "El Gamo", de treinta y dos cañones, con 319 tripulantes, de los cuales cincuenta y cuatro estaban muertos o heridos, era presa de la balandra de Su Majestad "Speedy".

III - EN TIERRA Y... ABARLOADO

La Cámara de los Comunes estaba nerviosa. El Capitán de Navío Lord Cochrane llevaba ya veinticinco minutos exponiendo lo que llamaba los abusos navales. En junio de 1807 había sido elegido por Westminster y, con la misma energía con que atacaba a sus adversarios en la mar, ahora atacaba al Almirantazgo. Su táctica era perfecta. Sus golpes, acusando a los hombres en el poder, resonaban en todo el país. Para Cochrane y unos pocos, la consecuencia segura sería la destitución de los culpables y la reforma, pero ignoraban la debilidad estratégica de su posición, debilidad que, en forma típica, Cochrane despreciaba pero que para casi cualquier Miembro de los Comunes estaba clara. Así fue como para casi nadie fue una sorpresa cuando el Capitán de Navío Lord Cochrane recibió la orden de asumir el mando de la fragata de Su Majestad "Imperieuse" y zarpar a reunirse con la flota de Lord Collingwood en el Mediterráneo.

Es fácil comprender la razón que tuvo el Almirantazgo para tratar de acallar toda información sobre las notables hazañas de Cochrane en el Mediterráneo durante 1808 y así fue que la señorita Corbett Barnes, que siempre pensaba en él, se desesperaba por esta ausencia de noticias. Kathy a los veinte y cinco años, se encontraba en la posición de enfermera y acompañante de su tía paralítica Honoria.

A la reunión social que ofrecía la señorita Honoria Simpson en su residencia en la plaza Bryanstone llegó, malhumorado, una tarde de comienzos de 1098, el Primer Lord del Almirantazgo, Lord Mulgrave. Un hombre menos susceptible que el elegante Lord Mulgrave no podría haber resistido mejor los atractivos de Kathy. Ella irradiaba alegría, y el Primer Lord se encontró envuelto en una inteligente conversación sobre asuntos navales. Pronto se habló de la situación de la Rada de Aix, donde el Almirante Lord Gambier mantenía el bloqueo de la flota francesa y Lord Mulgrave no pudo disimular su sorpresa cuando su linda interlocutora atacó el fondo del problema.

—“Seguramente, milord”, dijo levantando sus bien dibujadas cejas, “hay una buena oportunidad para atacar. Si Nelson viviera...”.

—“Ah...” suspiró Mulgrave. “Sin duda que penetraría a la rada y aunque perdiera la mitad de sus buques tendríamos a todas las mujeres derramando lágrimas de emoción y orgullo por su héroe. Desgraciadamente, señorita, no tenemos un piloto que pueda guiar a la fuerza atacante por los peligrosos bajos que cierran la rada. Además están las baterías que dominan los pasos navegables”.

Kathy quedó pensativa y rebuscó en su memoria algo que se le había grabado en sus muchos años de lectura de informes y publicaciones navales.

—“Perdóneme si estoy equivocada”, dijo lentamente, “¿no hubo una fragata, la “Pallas”, creo, hace unos tres años... que estuvo en acción cerca de la isla de Aix, con la “Minerva”? Su comandante hizo un informe de los sondeos de esa parte, según recuerdo”.

Mulgrave, que la había estado observando con atención, se enderezó y sus facciones oscuras y algo petulantes, demostraron interés.

—“¿Cómo es que usted puede decirme eso cuando mis mismos secretarios no me han podido dar una solución?”.

—“Oh, es que soy una estudiante famosa en asuntos navales”, se rió Kathy sonrojándose algo al mismo tiempo.

—“Tal vez recuerda el nombre del Comandante de esa fragata”, dijo el Primer Lord observando el rubor.

—“Sí, lo recuerdo. Fue el Capitán de Navío Lord Cochrane”.

Así fue como el comandante de la “Imperieuse”, apenas fondeado en Inglaterra, fue llamado a Londres y, a pesar de haber estado ausente por diez y siete meses, a los pocos días zarpaba para colocarse a las órdenes de Lord Gambier con el propósito de dirigir el ataque a la flota francesa fondeada en la rada de Aix mediante el empleo de brulotes.

El ataque se realizó conforme a lo planeado y sólo la molición de Lord Gambier, al no seguir adelante con sus propias fuerzas el ataque, evitó la destrucción completa de la flota francesa. Cochrane regresó de inmediato y, por orden de Lord Gambier, a Inglaterra, donde fue recibido como héroe y premiado con la condecoración de Caballero de la Orden del Baño, distinción muy raramente conferida a un Capitán de Navío. Pero el Ministerio también pidió al Parlamento un voto de agradecimiento para Lord Gambier, lo que motivó la reacción inmediata de Lord Cochrane. El Primer Lord del Almirantazgo lo recibió una mañana de junio de 1809.

—“Milord”, empezó Cochrane, “es mi deber informarle que, como Miembro del Parlamento, debo oponerme al voto de agradecimiento que solicita el Gobierno para Lord Gambier”.

—“Vamos, vamos”, contestó Mulgrave, sonriéndose, “Gambier dice que fue una victoria, el Almirantazgo dice que fue una victoria, el Ministerio ha decidido que fue una victoria, y todo el mundo necesita una victoria. Por lo tanto, lo que me dice, mi amigo, huele a algo como traición”.

—“Milord puede bromear. . .”.

—“Nada de bromas, mi amigo”, dijo Mulgrave estirándose en su asiento. “Escuche. Esta victoria ha restaurado la confianza de la nación en el Gobierno. ¿Cree que tolerarán una crítica como la que usted tendría que hacer pública? Deje tranquilo a los poderosos y concrétese a cumplir con su deber en la Marina, Comandante. Deje la política a los que la conocen”.

—“Mi deber”, dijo Cochrane, “es ver que se haga justicia”.

—“Quiere decir”, dijo Mulgrave, con lentitud, “que en verdad ¿se va a oponer al voto de agradecimiento para Gambier?”.

—“Así es”.

—“¡Por Dios, hombre!” exclamó el Primer Lord, “su propia reputación está envuelta en el asunto. ¿Qué fundamentos expondrá para justificar su posición?”.

—“Negligencia en el cumplimiento de su deber al fracasar en lograr la destrucción de la flota francesa”, contestó Cochrane con firmeza. Después agregó. “Como oficial de Marina no haré comentario alguno sobre la conducta de Lord Gambier, pero como Miembro del Parlamento, la condenaré”.

—“¡Tonterías! El público sólo verá a un Capitán de Navío acusando a su superior, tal como lo verá el Almirantazgo. Le advierto, por última vez, que en una Corte Marcial es usted el que saldrá mal parado.

—“Los hechos demostrarán” empezó Cochrane.

—“¿Qué hechos?” Mulgrave hizo un gesto de desprecio. Quedó pensativo un momento y finalmente agregó: “Si está embarcado no podrá estar en el Parlamento. Bueno, milord, colocaré a sus órdenes tres fragatas con carta blanca para que haga con ellas lo que quiera en el Mediterráneo. Usted sabrá muy bien qué debe hacer”.

—“Imposible, milord” fue la inmediata contestación de Cochrane. “El país tomaría mi aceptación como el pago para que no le creara problemas al Gobierno. Por lo tanto, rechazo su oferta”.

Finalmente, las profecías de Lord Mulgrave sobre el resultado de la Corte Marcial a Gambier, resultaron correctas. Lord Gambier, usando cartas adulteradas y suprimiendo algunos documentos, salió absuelto y felicitado. El Capitán de Navío Lord Cochrane terminó enemistado con prácticamente toda persona influyente y perdió el mando de su buque, quedando varado y a medio sueldo. En consecuencia, toda su energía la empleó en el Parlamento en fustigar al Almirantazgo y, por ende, al Gobierno.

A principios de 1812 Lord Cochrane cenaba en compañía de su tío Basil, en casa de este último. “Soy un hombre rico, Tom” decía el viejo pariente, “y soltero”. Si muriera mañana tendrías lo suficiente para arreglar las finanzas de los Dundonald, pero no espero morir hasta algunos años más. Escucha. Se que no tienes compromiso alguno. Déjame buscarte una esposa. Será joven y hermosa, como también rica, te lo garantizo. El día que te cases con ella tendrás la mitad de mi fortuna”.

Cochrane se levantó dejando su servilleta sobre la mesa. “Debe tener alguna, supongo, ya destinada”.

—“Conozco a varias y una en particular. Debes conocerla”.

—“¿Estará en la reunión a que me lleva esta noche?”.

—“No creo”, contestó Basil, “no creo que la mujer en cuestión esté donde la señorita Honoria Simpson. Pero, déjame todo a mí, Tom. Ya arreglaré para que se conozcan”.

—“Bien”, contestó Cochrane con resignación.

—“¡Regio, muchacho!” aprobó el tío Basil alegremente. “Llama por el coche, Tom, y vamos donde Honoria Simpson, Será terriblemente aburrido, no hay duda, pero la vieja tiene una buena bodega”.

Cuando Lord Cochrane y su tío aparecieron en el salón de la plaza Bryanstone todo indicaba que la velada sería sin atractivo. Después de saludar a la dueña de casa Cochrane se alejó encontrándose con la familiar figura de Lord Mulgrave, siempre galante.

—“Permítame, mi amigo”, murmuraba el Primer Lord “devolverle con un favor su ingratitud. Le debe su mando en Aix, a una dama aquí presente”. Lo tomó afectuosamente del brazo.

Cochrane iba a protestar cuando sus palabras murieron en forma cómica. Se encontró inclinándose frente a una niña cuya oscura cabellera escasamente llegaba a la altura de su boca, una niña con ojos de un azul profundo. La vio como a través de un espeso velo, el resto de la habitación dejó de existir. La presentación de Mulgrave le llegó de lejos: “. . . la señorita Corbett Barnes. . .”, no significaba nada. Pero al enderezarse y mirar en esos ojos profundos encontró la más extraña experiencia de toda su vida.

Mulgrave se había alejado. Parecía que en el salón no había más que el hombre y la niña. Kathy, su mirada fija en los ojos de él, se levantó de su reverencia sin poder ocultar su confusión. Por un momento tampoco ella pudo decir palabra, pero se recuperó antes.

—“Nos hemos conocido antes, milord”, dijo, forzando su voz para parecer tranquila. “Tal vez recuerde a una niña llamada Kathy, en el coche del señor Thierney, hace muchos años cuando usted era un subteniente de infantería”.

—“Sí, tal vez, pero no tenía nada que decir, que no fuera mil cosas ridículas como compararla con las blancas rosas del jardín. Pero sólo lograba permanecer mudo, triste contraste con el sereno y seguro comandante de un buque en la mar.

—“¡Katherine!”.

La voz dominante de la señorita Simpson les llegó sobre el murmullo de las conversaciones.

—“Debo ir donde mi tía”, explicó Kathy apurada. “Excúseme milord”.

Más tarde Lord Cochrane, huyendo del resto de la gente, salió al jardín y pronto distinguió el vestido de muselina blanca que, inconcientemente, buscaba. Estaba al lado de un alto rosal blanco, y comprendió que en ella estaba el fin y el principio de la vida para él.

—“Es hora que nos conozcamos, Kathy” dijo. “Tengo mucho que agradecerle”.

—“Yo también tengo mucho que decirte”, le contestó ella resuelta. “¿Caminamos?”.

La tomó él lentamente del brazo y su contacto era delicioso. La noche era tranquila y cuando el hombre volvió a hablar su voz revelaba seguridad.

—“No tengo palabras”, dijo. “Creo que no son necesarias, Kathy. Los dos nos hemos encontrado para siempre. Esto es lo que llaman... amor. ¿No es así?”.

—“Sí”, contestó ella en el mismo tono bajo y de certeza, y le pasó sus manos con la franqueza de un niño.

El se inclinó besándolas con reverencia, casi con un gesto de adoración. Pero este movimiento los aproximó y en un segundo ella estaba en sus brazos y él besaba sus labios, sus ojos, su pelo...

Posteriormente, cuando él le habló de la necesidad urgente que había para que se casaran, ella le hizo presente que debían esperar, pues no podía abandonar a su tía y le pidió que tuviera paciencia y que le avisaría cuando pudiera ir a velar. Sin embargo, los días y semanas habían pasado y ya estaban a 7 de agosto y Cochrane no recibía noticia alguna de Kathy. Por otras personas había sabido la forma como tía Honoria tiranizaba a la niña y así fue como esa noche Kathy oyó golpear la puerta de la casa en la plaza Bryanstone y recordó que esa noche iría el doctor a ver a su tía. Se arregló rápidamente y cuando ya había descendido la mitad de la escala vio al hombre que estaba en el recibo esperándola.

Tenía un viejo capote azulmarino sobre los hombros. Sus facciones estaban en tensión y sus ojos brillantes. Al levantar la vista y encontrarse sus miradas todas las dudas y preocupaciones de Kathy se desvanecieron como una sucia neblina que ha estado ocultando la belleza del sol de la mañana. Sin saber cómo se encontró parada fron-

te a él y sus manos, manos tan leves a pesar de su enorme tamaño, descansaban sobre sus hombros, tal como lo habían hecho antes, en el jardín de los rosales blancos.

—“Nos vamos para casarnos, querida. Necesitarás sólo unas pocas cosas. Anda a buscarlas”.

Su profunda voz no era fuerte ni dominante, sin embargo, ella debía obedecer. Lo miró una vez más, con todo el corazón en su mirada, y corrió subiendo la escalera.

Nadie los vio subir al coche que los esperaba en la obscuridad de la plaza Bryanstone. Tía Honoria, roncando en su lecho de plumas, no oyó el trote de los caballos que perturbaron por unos momentos el silencio del barrio.

Se casaron en Annan, Escocia, el 10 de agosto de 1812.

Lord Cochrane no sólo estaba varado sino que además... abarloado.

A principios de 1814 Lord y Lady Cochrane eran todo lo felices que dos verdaderos amantes esposos pueden ser. Mientras Kathy transformaba la residencia de soltero en un hogar, él distribuía su tiempo entre la Cámara de los Comunes y el navío de línea “Tonnant”. Lord Cochrane había sido llamado nuevamente al servicio activo en la mar.

Por otra parte Cochrane, contra lo que hacían muchos inversionistas, estaba seguro de la derrota final de Napoleón y triunfo de las armas británicas. La mayor parte de su considerable capital estaba invertido en fondos del Gobierno británico y, de vez en cuando, su corredor, Richard Butt, le compraba más acciones. La verdad es que Butt tenía absoluta libertad para operar con los fondos que Cochrane le había confiado. Así, también éste se vio envuelto en un escándalo de especulación de valores a base de falsos rumores, que le significó a Lord Cochrane ser condenado a una multa que se negó a pagar por considerar que ello significaba el reconocimiento de una falta de la que era inocente. Sin embargo, después de haber sido tomado prisionero y permanecido un tiempo en la cárcel, accedió a pagarla. El 28 de abril había nacido su hijo mayor. El nombre del Capitán de Navío Lord Cochrane fue borrado del escalafón de la Armada, fue expulsado del Parlamento y en una tarde de agosto, en una triste ceremonia efectuada en la Capilla de Enrique VII, en la Abadía de Westminster, a la que asistían sólo tres personas, se sacaba el escudo de Lord Cochrane y se retiraba su estandarte, de entre los caballeros de la Orden del Baño.

A principios de septiembre de 1818 Lord Cochrane se apoyaba en la baranda de la toldilla del mercante “Rose”, observando cómo Inglaterra desaparecía bajo el horizonte. Su mirada se extendía por el océano y a través de tres años de lucha contra la persecución de los pobres, de peticiones, debates y esfuerzos para obtener un nuevo juicio y reivindicarse, todo con resultado negativo.

En mayo de 1817 había llegado a Inglaterra don José Antonio Alvarez Condarco en busca de dinero, buques y oficiales capaces para continuar la lucha de la independencia de Chile. Fue recibido por Sir Francis Burdett, Sir James Mackintosh, Mr. Ellice y otros simpatizantes de la libertad de Sudamérica. A través de ellos Cochrane conoció al agente chileno quien, con fecha 12 de febrero de 1818 podía informar a su Gobierno que había contratado los servicios de Lord Cochrane.

La manito que se tomaba firmemente de la suya, se apretó más y él devolvió el apretón sin retirar la vista de la línea de costa que desaparecía. Iba al exilio, pero Kathy estaba a su lado. Los niños dormían abajo, en el camarote y, con su mano libre, tocaba el documento que llevaba en el bolsillo, que lo nombraba Comandante en Jefe de la Armada de Chile. Estos eran consuelos. El futuro todavía ofrecía oportunidades. Nuevos mares, nuevos buques, nuevas aventuras, pero no por la causa de Inglaterra ni bajo los colores de la bandera británica.

Kathy intuyó, más bien que sintió, un suspiro involuntario. Para ella el futuro era bello, estaba a su lado. Pero sabía cuán profunda era la herida que su patria le había infligido.

—“Deja a Inglaterra en el olvido, Tom”, dijo impulsivamente. “Nunca agradeció a los que verdaderamente la sirvieron”.

El se volvió sonriendo, tomándole ambas manos. “Tengo en tí mi premio”, le dijo gentilmente, “y es superior a mi deuda”.

Kathy se rodeó con el brazo de marido en silencio. Juntos miraron hacia el oeste, hacia donde indicaba la proa. Lord Cochrane levantó la cabeza y aspiró la brisa salobre.

—“Puesta de sol débil”, dijo. “Significa que tendremos viento”.

—“Casi parece un nuevo amanecer”, dijo Kathy.

IV. ASI ERAN LOS CHILENOS

A través de la bruma del amanecer, la fragata “O’Higgins”, impelida por una suave brisa del suroeste, mantiene su proa sobre la entrada a la rada de Corral. En su palo mayor está izada la insignia azulmarina con una estrella blanca del Vicealmirante, Comandante en Jefe de la Escuadra de Chile, Lord Tomás Alejandro Cochrane. Sin embargo, en el pico de mesana se mece la bandera de España. Lord Cochrane es además el Comandante de la nave que, habiendo zarpado en rumbo directo desde la desembocadura del río Guayaquil el 19 de Diciembre de 1819, al fin llegaba al objeto de los audaces planes de su Almirante esa brumosa mañana del 18 de enero de 1820.

Cochrane se paseaba en toldilla alerta con su catalejo para observar cualquiera reacción del adversario. Desde su arribo a Valparaíso hacía ya quince meses, había realizado dos campañas contra las fuerzas navales españolas en el Pacífico, y, si bien las había obligado a refugiarse en su base magníficamente fortificada de El Callao, había capturado numerosas presas y, la sola presencia de la Escuadra de Chile había impuesto la cesación de todo tráfico marítimo español en las costas occidentales de Sudamérica, Cochrane no estaba satisfecho. Muchos inconvenientes, ajenos a su voluntad y control, le habían impedido contar en forma permanente y segura con una fuerza naval eficiente para agregar nuevos laureles a su accidentada carrera de guerrero del mar y a esta nueva Armada que se iniciaba en la historia naval. En Valparaíso ha quedado su querida Kathy con su hija y su hijo Tomás ya habituados a la vida tranquila del puerto y, cada día, logrando nuevos éxitos en el aprendizaje del idioma español, especialmente el niño. No puede Cochrane dejar de recordar, en esos momentos tal vez próximos a entrar en acción el incidente acaecido cuando, por primera vez, zarpó de Valparaíso ese 22 de enero de 1819 con su insignia izada en la recientemente capturada fragata “María Isabel”,

ahora "O'Higgins", al mando de la Escuadra formada por la "San Martín", la "Lautaro" y la "Chacabuco", rumbo al Perú. Kathy y sus niños habían ido a bordo a despedirlos y al desembarcar vio como Tomás, entonces de cinco años, en los hombros del Teniente Ayudante, agitaba su gorrita gritando a toda fuerza de sus pulmones ¡Viva la Patria! mientras lo rodeaba un populacho cada vez más excitado. El muchacho había escapado del cuidado de su madre insistiendo en ser llevado donde su padre a lo que el teniente accedió. Para su horror, Lady Cochrane vio a su hijo llevado hacia la playa entre los gritos de entusiasmo de la multitud. y, antes que pudiera intervenir, embarcado en un bote y llevado al buque insignia que ya se encontraba en movimiento. A Cochrane no le quedó otra alternativa que aceptar, aunque no tenía ropa la que fue confeccionada después por los marineros a cuyo rudo pero cariñoso cuidado quedó durante toda la campaña. En el ataque a las fortificaciones de El Callao, el 28 de febrero, el niño experimentó una escapada milagrosa cuando éste, en su uniforme de guardiamarina, hecho a bordo, apareció en cubierta y ayudaba a pasar la pólvora a los artilleros. Estando en esto, una bala literalmente se llevó la cabeza de un soldado que estaba cerca salpicándole la cara al niño el que inmediatamente recuperó la calma y corrió hacia el Almirante exclamando:

—“No estoy herido, papá. La bala no me tocó. Jacky Milton dice que no se ha fundido la bala que pueda matar al hijo de mamá”.

Lentamente avanzaba la "O'Higgins" y la bruma del amanecer se levantaba con los primeros rayos del sol. Ya era posible distinguir por la amura de estribor el Fuerte San Carlos y casi a proa el barranco de la Punta del Piojo. Con seguridad ya el buque había sido avisado por los españoles y Cochrane, en una mezcla de inglés y español que ya todos a bordo habían aprendido a entender, ordenó:

—“Izar la señal de pedir práctico”, agregando, en seguida. “Nos mantendremos en este punto, bordejeando”.

Después de una media hora se observó una chalupa que se desprendía de la Ensenada de Amargos tripulada por un oficial y cuatro bogas y el práctico. De inmediato se alistó todo a bordo para recibirlos y grande fue la sorpresa de los españoles al encontrarse en la cubierta del que creían ser el buque de Su Majestad Católica "Prueba", con rotos chilenos armados hasta los dientes al mando de un inglés que muy pronto los convenció que debían obedecerle en indicarle los pasos y canales que conducían hacia los fuertes y todas las demás informaciones del caso.

Con estas informaciones Cochrane reforzó su opinión que la plaza podía ser capturada mediante un plan audaz y bien meditado y supo además que se esperaba la llegada del bergantín español "Potrillo" con dineros para el pago de la guarnición.

Mientras se inspeccionaba la bahía el jefe de la guarnición entró en sospecha y repentinamente varios fuertes rompieron el fuego sobre la "O'Higgins", con lo que se izó el pabellón chileno, retirándose fuera del alcance de los cañones de tierra.

Tres días después se avistó el "Potrillo", el que, engañado al comienzo por los colores españoles, fue capturado sin disparar un tiro, encontrándose a bordo 20.000 pesos, además de municiones y pertrechos para Valdivia y Chiloé.

El 22 de enero fondeaba en Talcahuano y Cochrane, en Concepción, estuvo luego de acuerdo con el joven General Ramón Freire quien, entusiasmado con el proyecto, le dio doscientos cincuenta hom-

bres al mando del Mayor Beauchef. En Talcahuano había encontrado, además, al bergantín "Intrépido" y la goleta "Moctezuma", las que agregó a sus fuerzas.

Los tres buques zarparon para Corral. Cochrane iba radiante, listo para superar cualquier obstáculo. El primero fue consecuencia de la falta de preparación marinera de los chilenos, el mar no admite descuidos. La calma los tenía al garete afuera de la isla Quiriquina y la "O'Higgins" sólo tenía dos oficiales ya que Cochrane había designado a su segundo, el Teniente Cobbett, como comandante del "Potrillo", que iba en viaje a Valparaíso. Así fue como Cochrane tuvo que hacer las veces de almirante, comandante y oficial y, como estaban al garete y en calma, se retiró a tenderse por un momento. El teniente se fue a su vez a descansar, dejando al buque a cargo del guardiamarina, quien, al levantarse una brisa, no le avisó a sus superiores sino que estimó que era la oportunidad para lucirse maniobrando el buque el que terminó varado sobre una de las rocas denominadas las Dormidas. Cochrane dominó primero el pánico se despojó de su casaca y así, en mangas de camisa, arrebatándole las herramientas al carpintero que no acertaba en arreglar las bombas de achique, le dice:

—"Pasa acá, hombre. ¡Tú no saber nada!", y se dio a la tarea de solucionar la emergencia. Organizó turnos para achicar, con baldes y los hombres trabajaron gozosos al ver a su Almirante en mangas de camisa. Después de unas horas de esfuerzo se logró zafar la "O'Higgins" y continuar viaje, habiéndose inundado hasta con cinco pies de agua todas las bodegas.

Ya se le había reunido la "Moctezuma" e "Intrepido" cuando los Mayores Miller y Beauchef, acercándose a Cochrane que se paseaba en toldilla, le comentan algo desanimados: "todas nuestras municiones y pólvora han quedado inservibles, están mojadas".

—"No es razón, señores, para suspender nuestros planes" les contesta Cochrane, decidido.

Beauchef conoce a sus soldados. "Es cierto, milord", dice con su acento afrancesado. "En un ataque como el que tenemos pensado, de noche y en la lucha cuerpo a cuerpo, mis hombres están mejor con la bayoneta y el corvo".

Miller, aún débil por las heridas recibidas en el frustrado ataque a Pisco, y que desde un principio había estado de acuerdo con Cochrane sobre la conveniencia del ataque a Valdivia, reafirmó su apreciación de la situación diciendo: "No hay de qué preocuparse. Esto nos obliga al uso de la bayoneta y el corvo, el arma más temida por los españoles".

Frente a Punta Galera la "O'Higgins" amenazaba hundirse con tanta gente a bordo. Cochrane ordenó transbordar la tropa a los otros buques. La mar estaba agitada y la operación resultó difícil. El Almirante izó su insignia en la "Moctezuma".

Al ponerse el sol de esa tarde de verano del 3 de Febrero los dos buques se acercaban a la ensenada llamada Aguada del Inglés, dominada por los fuertes San Carlos y del Inglés. Cochrane, a bordo de su pequeño buque insignia, daba las órdenes.

—"Las tripulaciones a su puesto de combate. La tropa refugiarse fuera de vista desde el exterior. Ocultar todas las embarcaciones y mantenerlas listas para ser arriadas cuando lo ordene".

Los hombres pasaron a ocupar sus puestos conversando y comentando entre ellos en voz alta. La orden de combate, la bandera española en el mesana, la costa por la proa, los acontecimientos de los últimos días, todo se combinaba y daba motivo de excitación.

—“¡Callarse todos en cubierta!” rugió Cochrane con un juramento ininteligible, seguramente en su propio idioma.

El ruido cesó de inmediato y, con precisión asombrosa, dado el poco entrenamiento, ambos buques estaban listos para la acción, mientras la “O’Higgins”, se mantenía debajo del horizonte.

—“Huh...m” dijo Cochrane. “Mayor Beauchef, desembarcaremos en los dos botes con cuarenta y cinco hombres en cada uno. Yo iré en la canoa con quince hombres, Tenga a la gente lista”.

Cochrane tomó su catalejo y estudió una vez más la línea de la costa. Era un riesgo acercarse a la costa de sotavento protegida por dos fuertes. Sus dos buques podían ser volados en cualquier minuto antes que pudieran virar y ceñir contra el viento para alejarse. Cochrane confiaba no sólo en el hecho que llevara izada las banderas españolas, sino que también en la seguridad que la guarnición esperaba con ansias los refuerzos y dineros prometidos desde Lima, además que era casi increíble que los chilenos corrieran un riesgo tal.

La “Moctezuma” continuó avanzando lentamente, paralelo a la costa y Cochrane observó izada en un asta del fuerte San Carlos la bandera de España. Era lo que esperaba. En treinta minutos más ya la luz del día no permitiría distinguir las señales de banderas, era necesario mantener engañado al enemigo.

—“Izar la señal que necesitamos práctico”, ordenó. La señal fue izada y la batería se mantenía silenciosa. Después una señal fue izada en el asta del fuerte.

—“Mandar embarcación”, tradujo el oficial español capturado en la visita anterior de reconocimiento.

El solo hecho que la batería contestara la señal significaba que por lo menos estaban en la duda sobre la identidad de los buques. “Contésteles que perdimos nuestras embarcaciones en el Cabo de Hornos”, ordenó Cochrane en español.

—“Mayor Beauchef, ¿distingue bien la playita, al pie del fuerte?”

—“Sí, milord”.

—“Usted irá en el bote. El Mayor Miller en el bote del “Intrépido”. Yo iré en la canoa. Usted dirigirá el ataque al fuerte”.

—“Sí, milord”.

—“Al agua las embarcaciones”. A esta orden la cubierta tomó vida y, tal como estaba dispuesto y ensayado, las embarcaciones se arriaron en el más absoluto silencio, manteniéndolas atracadas por sus bozas al costado opuesto a la costa. Rápidamente fueron tripuladas, pero desgraciadamente, el bote de la “Moctezuma” se largó antes que se ordenara y quedó a la vista de los de tierra.

—“Gobernar alejándose del alcance de las baterías”, fue la última orden de Cochrane al saltar a la canoa.

En ese momento el silencio fue roto por los estampidos de los cañones de San Carlos y dos proyectiles penetraron el casco del “Intrépido” matando a dos hombres. Cochrane observó nuevos fogonazos de los cañones de tierra y, gracias a Dios, disparaban contra los buques, uno solo de esos tiros en una de las embarcaciones sería desastroso. Otra salva de la batería cayó larga.

El bote en que iba Miller iba adelante y sufría el fuego de los fusileros establecidos en la playa. A pesar de ello, con sus 44 infantes de marina, continuó avanzando habiendo ordenado que sólo seis de sus mejores tiradores contestaran el fuego de tierra. Pronto varó su bote y, saltando a tierra, se apoderaron de la playa a la bayoneta. Poco después llegaban las otras embarcaciones y, en menos de una hora, ya oscuro y sin que los fuertes pudieran tener punto de apuntar, los trescientos hombres estaban en tierra.

Cochrane, desde su canoa, daba sus órdenes recorriendo la playa bajo el diluvio del fuego. Vino la noche, amiga eterna de Cochrane y, por su tradición, de la Armada de Chile. El fuerte vomitaba a ciegas su metralla, porque ya no se veía nada. Un estrecho sendero conducía a él, siguiendo el borde del precipicio. Abajo las olas rugían sobre las rompientes. Su captura era imposible si no se recurría a la astucia. Esta nunca le ha faltado a los chilenos y ya hemos visto como a Lord Cochrane le atraía cualquier plan aparentemente descabellado. El resultado fue que en el transcurso de esa noche las fuerzas de Cochrane, los trescientos hombres de Bauchef y Miller, capturaron todas las fortificaciones con un total de 128 piezas de artillería y 780 hombres de guarnición.

Al día siguiente apareció en la bahía la "O'Higgins" lo que hizo que los españoles creyeran que venían más tropas y abandonaron sus fortificaciones retirándose a Valdivia y huyendo a los bosques. Finalmente Cochrane remontó el río encontrándose que las autoridades españolas habían huido al interior. En la hermosa ciudad, frente al río brillante, pudo por fin, sentirse satisfecho. Había destruido el poder español en su punto de mayor resistencia en el Sur.

Sin embargo Lord Cochrane no podía aún dar por terminada su campaña en el sur de Chile. Mientras la "O'Higgins" reparaba en Corral sus grandes averías y el "Intrépido" se perdía en los bajos del río, el Almirante organizó una expedición de 200 hombres que embarcó en la "Moctezuma" y en el transporte "Dolores", capturado a los españoles en Valdivia; fondeando el 17 de febrero en la bahía de Ancud, en Chiloé.

El ataque se llevó a efecto con energía y resolución, capturándose el fuerte Corona, pero el asalto al Fuerte Agüy fue rechazado, siendo gravemente herido el Mayor Miller. Durante la retirada para reembarcarse, los infantes de marina protegieron con especial cuidado a su glorioso comandante. Al llegar a la playa, los que le llevaban fueron invitados por Miller a embarcarse en uno de los botes, pero el soldado Rojas rehusó diciendo:

—"No señor. Fui el primero en desembarcar y seré el último en reembarcarme".

Cumplió su palabra contribuyendo hasta el último en la defensa de los botes para que sus compañeros regresaran a bordo.

—"Así eran los chilenos", escribió más tarde Lord Cochrane en sus Memorias.

V. CUMPLIR ORDENES CON MAYOR EXACTITUD

En obediencia al pito del Contramaestre la guardia de infantes de marina del buque insignia, fragata "O'Higgins", se ha formado en el alcázar. El oficial de guardia, Teniente Robertson, da una rápida ojeada a su alrededor para cerciorarse de que todo está en orden.

—“Señor Délano”, ordena dirigiéndose a un joven guardiamarina, “avísele al Comandante que están listas y atracadas las canoas de los Comandantes Foster y Guise”.

Pronto sale al alcázar el Almirante seguido de sus tres comandantes.

—“Creo señores que esta noche llevaremos a efecto el ataque”, dice comunicándoles en voz alta sus pensamientos. “El ejercicio de anoche estuvo muy bueno y se que ustedes han corregido los pequeños defectos demostrados”.

—“Milord”, dice el capitán de navío Foster, comandante de la fragata “Independencia”, “¿no habrá forma que me permita participar en el ataque, en lugar de alejarme de él?”.

—“Lo siento Foster”, le contesta sonriente Lord Cochrane, “comprendo sus deseos pero, para lograr la sorpresa es indispensable que usted zarpe, a la vista de El Callao, con la “Lautaro” en su compañía, como que fuera en persecución de un avistamiento. Desgraciadamente uno de ustedes debe hacerse cargo de esa parte del plan”.

La guardia ya estaba en posición de atención, sus armas al hombro, los pitos de dos guardianes, al unísono, habían obligado a toda la tripulación de la fragata insignia a suspender sus trabajos y tomar una posición de atención. En el portalón el Teniente Robertson, con su catalejo apretado bajo el brazo izquierdo, esperaba que las más altas autoridades de la Escuadra se acercaran para iniciar el ceremonial de despedida de los dos comandantes de buques.

—“Bueno, señores, les deseo buena suerte”, dijo el Almirante con voz tranquila, tendiéndole la mano a Guise y a Foster.

—“Espero, milord”, comentó este último, “que mañana nos encontraremos para celebrar el triunfo de esta noche”.

Foster avanzó hacia el portalón y, justo en el momento de cruzarlo, los pitos de los guardianes, siguiendo antiguas tradiciones de la Armada británica que ya entraban en la naciente Escuadra chilena, alegraron las soledades del fondeadero frente a El Callao con sus ríños. Foster esperó en la plataforma, saludando hacia popa, con la vista fija en el tricolor de la estrella solitaria izada a popa, la bandera de esa naciente república a cuyo servicio estaba y que ya había ganado preciosos laureles en las aguas del Pacífico.

Después de haber despedido a Guise con igual ceremonial, Cochrane subió a la toldilla observando como, rivalizando en la precisión de su bogas, ambas canoas se dirigían a sus respectivos buques.

Sí, Lord Cochrane podía sentirse satisfecho. En dos años de enormes esfuerzos había logrado crear una fuerza naval altamente eficiente y disciplinada tal como se había demostrado últimamente con el traslado de la Expedición Libertadora desde Valparaíso a Pisco y, posteriormente, a Ancón, sin intervención de las fuerzas navales españolas, refugiadas en El Callao, al amparo de sus defensas, superiores a las de Gibraltar o Argel. La Expedición Libertadora creada con el enorme sacrificio de los chilenos y destinada a libertar al Perú, estaba al mando del General en Jefe José de San Martín y Cochrane, una vez desembarcadas las fuerzas, quedaba en libertad de acción para continuar hostigando el litoral y mantener el bloqueo. Quince transportes con 4.400 hombres, 35 piezas de artillería y 800 caballos, más el armamento para equipar a 15.000 peruanos, habían zarpado el 20 de agosto de 1820 escoltados por la fuerza de Cochrane compuesta por un navío, dos fragatas, una corbeta, dos bergantines y dos goletas.

Para Lord Cochrane era lamentable que todo este esfuerzo se perdiera por la irresolución de San Martín. Había primero decidido desembarcar en la zona de Pisco, alejada 140 millas de El Callao, donde llegaron el 7 de septiembre desembarcando sin encontrar oposición. Allí permaneció mes y medio, amarrando a Cochrane que no podía dejar indefensa a esa enorme aglomeración de transportes. Por fin San Martín resolvió reembarcar sus tropas y Cochrane creyó que sería para atacar la zona de El Callao y Lima, pero, una vez frente a la isla San Lorenzo, el General se negó a atacar la plaza, ordenándole a Cochrane que lo desembarcara más al norte, en Ancón. El grueso de la Escuadra con San Martín siguió a su destino pero Cochrane logró retener frente a El Callao las fragatas "O'Higgins" y "Lautaro" y la corbeta "Independencia".

Ya sus comandantes estaban dando a conocer a sus oficiales y tripulación la proclama que les había entregado, donde se establecía la forma en que esa noche se haría el ataque para capturar la "Esmeralda" y demás buques en la bahía. Era el 5 de noviembre de 1820.

—"Crosbie", le dijo a su ayudante de órdenes, "ya es hora de mandar a un señalero al puesto de señales en la isla. Que ice una combinación cualquiera de banderas, la cosa es que las vean los españoles desde El Callao".

Esto sería la señal para que Foster zarpara con la "Independencia" y la "Lautaro", dejando atracadas a la "O'Higgins" las embarcaciones oficiales y personal que participarían en la operación de esa noche.

Cochrane observó como se alejó una chalupa hacia el desembarcadero de la isla. Había sido sincero en la proclama que en esos momentos se daba a conocer en los tres buques. Les recordaba Valdivia y sin duda era un acierto aquello de "... los chilenos se batirán como tienen de costumbre y que los ingleses obrarán como siempre lo han hecho...".

Cochrane estaba contento. A veces interrumpía su paseo en toldilla para mirar el escenario que lo rodeaba y un esbozo de sonrisa distendía los pliegues severos de sus facciones cuando, mirando hacia cubierta, veía a sus hombres tomando las últimas medidas, alegres y entusiasmados. Durante tres días, en el mayor secreto y sin explicar a nadie el objeto de los ejercicios, las tripulaciones fueron entrenadas en bogas silenciosas y en abordajes subiendo por cables, calabrotes y espías. Se prepararon 240 tenidas blancas y otros tantos brazaletes azules. Se afilaron los machetes y sables y se limpiaron las pistolas. Es cierto que todo se haría bajo su única y exclusiva responsabilidad. No había consultado a San Martín quien, en ningún caso, lo habría autorizado. Si exteriormente Cochrane se demostraba tranquilo, en su interior no dejaba de sufrir honda preocupación.

A las diez de la noche todo estaba listo. Todos vestían blancos uniformes con el brazal azul en el brazo izquierdo y sabían que en el momento del asalto se gritaría "¡Viva el Rey!" para confusión de los españoles. La consigna para reconocerse era "Gloria-Victoria". Cochrane observaba como sus hombres, serios y atentos a las instrucciones, fueron pasando por el portalón para embarcarse en perfecto orden dentro de los catorce botes ya listos y atracados. Iban 160 marineros y 80 infantes de marina, en dos columnas, el bote con Cochrane a la cabeza y Crosbie y Guise al mando, respectivamente, de cada columna. La noche era obscurísima y el chapoteo de los remos enfundados se confundía con el oleaje nocturno.

Más o menos a media noche llegaron a la barrera de defensas, la que fue penetrada silenciosamente después de dominar a la lancha de guardia. Ambas columnas se dirigieron después directamente sobre su presa, pasando cerca de las fragatas "Macedonia", americana, e "Hyperion", inglesa, para llegar finalmente a atracar al costado de la "Esmeralda".

Cochrane fue el primero en subir por un calabrote, encontrándose con un centinela que lo empujó, cayendo en su bote e hiriéndose en la espalda al penetrarle un tolete cerca de la espina dorsal. Sin embargo, herido y adolorido subió nuevamente, junto con los primeros asaltantes, para encontrarse con el mismo centinela que le apuntaba. La reacción de Cochrane fue inmediata descargando sobre el español su pistola. El dolor de su herida ya era insoportable. Se sentó sobre un rollo de cabos. En eso se le acercó Guise que había trepado con su gente por la otra banda.

—"Milord", le gritó, "¿qué le sucede? ¿está herido?".

—"Sí, Guise", fue su contestación. "Tome usted el mando y yo vigilaré desde aquí".

Guise le tendió la mano. "Cúidese, milord". Y se alejó mezclándose en la fiera lucha cuerpo a cuerpo que se desarrollaba a pocos pasos, sobre cubierta.

Cochrane miró hacia arriba. Le pareció distinguir algunas sombras que se agitaban en las cofas. Haciendo un esfuerzo quiso asegurarse de la situación allá arriba.

—"¡Cofa trinquetel!" gritó con su vozarrón de mando y acento inglés.

—"¡Estamos listos!" fue la contestación inmediata.

Igual contestación obtuvo cuando interpeló a la cofa del mayor.

Cada cual había ocupado su puesto de maniobra con una rapidez pormosa. Sólo había transcurrido un minuto desde que se inició el abordaje.

Dominados los españoles, cazado el aparejo, la "Esmeralda", impulsada por la leve brisa de la noche, salió de la rada confundiendo a las fortificaciones al encender luces iguales a las que encendieron los buques de guerra neutrales surtos en la bahía. Más tarde Cochrane escribiría: "no habrá tripulación de buque de guerra inglés que pueda cumplir órdenes con mayor exactitud".

VI. EL ALMIRANTAZGO AUSTRAL

En la casona de su fundo en Quintero Lord Cochrane escribe a la luz de un candelabro cuyas llamas titilan con la brisa del mar que entra refrescando la sala del calor de ese verano de principios de enero de 1823.

En la seguridad que su presencia en Chile sólo servirá para echar más leña a la hoguera de las rencillas políticas internas y en el deseo de no ser testigo y, mucho menos, participante, del período de anarquía que ya vislumbra esta Patria, Chile, donde originalmente había pensado quedarse por el resto de su vida. Cochrane ha resuelto ofrecer sus servicios al Brasil. Al día siguiente se irá para no volver.

Ha cumplido ya más de cuatro años al servicio de Chile. Después de la gloriosa captura de la "Esmeralda" continuó la campaña naval aniquilando todo vestigio del poder naval de España en el Pacífico Austral. Sin embargo, en su sentido más práctico, para Chile la campaña había resultado casi un fracaso. La negativa de San Martín a pagar los sueldos prometidos a las tripulaciones de la Escuadra y, la defección hacia Chile de parte de algunos oficiales ingleses tentados por San Martín para crear la Armada peruana, principalmente en base a los medios obtenidos por Chile con tanto sacrificio, ha significado el desarme y la desmoralización de esa invencible Escuadra, en cuya nave capitana flameara tan orgullosa la insignia azul con estrella de plata del Almirante.

De la Expedición Libertadora, Cochrane y Chile cosecharon sólo ofensas e ingratitudes, aportaron sangre, buques, dinero, patriotismo y lealtad. La verdadera cosecha fue: "Gloria - Victoria".

Aunque Cochrane se fue, su semilla germinó con tal poder que nadie podrá arrebatárle a Chile su legado más precioso: El Almirantazgo Austral.

Lord Cochrane termina su carta a los chilenos. "Sabéis", escribe, "que la independencia se obtiene con la punta de la bayoneta. Sabed también que la libertad se funda en la buena fe y en las leyes del honor y que aquellos que las contravienen son vuestros enemigos, entre los cuales nunca encontraréis a Cochrane".

BIBLIOGRAFIA:

- "The Autobiography of a Sea Man" — Thomas, Tenth Earl of Dundonald, London, 1890, — con apéndice.
- "Dundonald"— Hon. J. W. Fortescue, London, 1895.
- "The Frigate Captain"— Showell Styles, London.
- "Los Orígenes de Nuestra Marina Militar"— Contraalmirante Luis Uribe O., Santiago, 1891.
- "La Estrella sobre los Mástiles"— E. Rodríguez Mendoza, Valparaíso, 1958.
- "Historia Naval de Chile"— Luis Novoa de la Fuente, Valparaíso, 1944.
- "Grandes Almirantes"— Homero Hurtado Larraín, Valparaíso, 1935.
- "Tierra de Océano"— Benjamín Subercaseaux, Santiago, 1951.
- "Cochrane"— Enrique Bunster, Santiago, 1966.
- "Cochrane Marino y Libertador"— Ricardo Valenzuela, Valparaíso, 1961.

